

bajo del cielo; que era predicado, y que se propagaba en todo el universo: él aplicaba, en fin, á los apóstoles mismos como un cántico de victoria estas palabras proféticas del Salmista: *Su voz se hace oír por toda la tierra, su palabra ha sido llevada hasta las estremidades del mundo.*<sup>1</sup> Seria verdaderamente increíble esta rapidez de los progresos apostólicos, si los resultados no la confirmasen, y si todos los historiadores contemporáneos no nos hablasen de esta multitud inmensa de cristianos, *ingens multitudo*, como dice Tácito<sup>2</sup> que se vió de repente inundar á Roma y al imperio romano.

## CAPITULO XIX.

### Los conquistadores de la Cruz.

He aquí al fin unos conquistadores nuevos y muy extraordinarios. Como hemos visto antes, bajo el reinado de Satanás, es decir, bajo el reinado de una libertad esclava de la corrupcion y dirigida por una razon sin brújula, para evitar la anarquía que es la mayor desgracia de la tierra y para constituir la unidad, que es su mas grande bien, un solo medio de conquista era posible; la conquista por la fuerza de las armas; porque en vano el mas ilustre genio habria querido hacerse obedecer de los hombres y mantenerlos en la vía recta, y mandarles en nombre de la verdad; ellos se hubieran reido de sus prescripciones y no le habrian prestado fé ni obediencia. Para impedir despues de la division de Babel, que la humanidad se fraccionase hasta lo infinito, el so-

<sup>1</sup> Epíst. á los Rom., cap. 1; y Epíst. á los Colos., cap. 1 y 6.

<sup>2</sup> Anales, I, 15.

lo medio posible, por falta de autoridad moral, el solo decimos, que podia emplearse era la fuerza material; y no vino á la mente de nadie, ni aun de los judíos, el esperar que se constituyese la unidad de la gran familia humana, haciéndola aceptar libremente el lazo de las mismas creencias y de los mismos deberes. Pero lo que se reputaba como imposible, que lo era verdaderamente entonces, que lo seria todavía hoy á cualquiera que hablase en su propio nombre, no ha arretrado á una docena de pobres pescadores; y si hay alguna cosa tan admirable como sus prodigiosos sucesos, es la idea misma de su empresa y el valor que han desplegado para llevarla á cabo. Cuando los filósofos antiguos inventaban un sistema, hijo de los sueños de su imaginacion y en el cual no tenían confianza, se contentaban con esplicarlo en el recinto de sus escuelas á algunos oyentes benévolos; pero nunca pudo ser tan ardiente su celo que les hiciese experimentar el deseo de sacrificar su reposo, sus placeres, sus honores, su vida misma, por ir á llevar á los templos el pan de la vida y la antorcha de la verdad. Si los apóstoles no hubiesen hecho mas que concebir la generosa ambicion de esclarecer todas las inteligencias, y aun cuando los resultados no hubiesen venido á coronar sus esfuerzos, tendrian un derecho al reconocimiento de toda la tierra; deberian erigírseles por todas partes monumentos en su honor, y merecerian ser venerados como unos desgraciados pero nobles bienhechores de la raza humana. Y sin embargo, ¿qué es esto despues de lo que ellos han sentido, querido y cumplido? Detengámonos un instante á contemplar estas heroicas y santas figuras, que el mundo, si le hubiesen pertenecido y si quisiese admirar otra cosa que no fuesen sus frívolas grandezas, no hallaria lauros suficientes que tributarles.

Todas las naciones estaban sumergidas en el abismo del vicio y del error. "Id, decia su Maestro á algunos groseros artesanos, instruidles, sacadles de esa miseria y de ese fango; tendréis mucho que sufrir; pero tened confianza, que yo

he vencido al mundo." Y como otras veces habian arrojado sus redes á su mandato, así ahora van á ejecutar sus órdenes, con fé, con sencillez, sin inquirir dificultades, sin informarse con qué recursos han de contar. Ellos no tienen otra arma que la palabra, ni mas escudo que la oracion, y por única enseña la cruz. Y sin embargo, van, y no vacilan en emprender la lucha contra la libertad en delirio, y someterla á un yugo que la fuerza no la obligaria nunca á respetar. ¿Eran acaso fanáticos, insensatos entusiastas que se arrojaban ciegamente á traves de obstáculos insuperables? No; juzguemos mejor de su sublime vocacion y no atribuyamos á la demencia los honores de una gloria sobrehumana. Sin duda es un designio inconcebible el de proponerse obligar á la libertad á que aceptase cadenas voluntariamente; pero si los apóstoles se atreven á ponerlo en ejecucion, es porque conocen al que los envia; saben que son los agentes de la Divinidad, y que sostenidos por su Omnipotencia nada es imposible para ellos. "Nosotros hemos recibido, dicen, la gracia y el apostolado de Jesucristo para someter á la fé por la virtud de su nombre á todas las naciones de la tierra<sup>1</sup>." Esta confesion que hacen por humildad, á fin de que no se les atribuya lo que no es obra suya, manifiesta la santidad de su mision y refleja sobre ellos un magnífico resplandor. No es con su propio nombre con el que elevan la pretension de salvar al mundo, sino con el nombre de Jesucristo, con el nombre de Dios, de quien reciben la gracia, y la virtud que esperan esclarecer y purificar. Ellos son, pues, los elegidos del Altísimo, los enviados del cielo; y este carácter sagrado es su primero y mas augusto título á la veneracion de los hombres.

Pero si esos hombres oscuros han sido el objeto de un favor especial, ellos han probado con su conducta que eran dignos de él. Ved, en efecto, cómo han correspondido á la sublimidad de su vocacion; cómo han igualado por su celo, por

<sup>1</sup> Epíst. á los romanos, cap. 1.

su paciencia, por sus sacrificios, por su ardiente caridad, la grandeza de los designios cuya ejecucion les habia sido confiada, y decid si realmente la Divinidad podia haber escogido en la tierra mas perfectos instrumentos. Las heroicas virtudes de que nos han dado ejemplo, los elevan mas allá de la naturaleza humana y les hacen reconocer á la primera mirada, por los primogénitos del nuevo Adam, y por las primicias de la regeneracion evangélica. Búsquese como se quiera en la sucesion de los siglos que les preceden, y no se encontrará á nadie con quien compararlos. Ellos aparecen en la escena del mundo como fenómenos inesperados, como astros nuevos que vienen á arrojar los mas vivos destellos de luz en medio de las mas espesas tinieblas. ¿Qué habrian dicho Sócrates y Platon si hubiesen oido á estos hombres predicar al Dios desconocido, si los hubiesen visto lanzarse intrépidamente al socorro de nuestra naturaleza desfallecida, si hubiesen sido testigos de los prodigios de su vocacion, de las maravillas de su santidad? ¿Qué hubieran sido á sus ojos al lado de semejante paralelo los sistemas de los filósofos, las virtudes de los sabios, la gloria de los héroes antiguos? Por lo que es nosotros, hijos de los apóstoles, testigos de sus obras celestiales, é instruidos en la escuela de su vida, acostumbrados como estamos al ideal de perfeccion que ellos han realizado, no los miramos sino con demasiada indiferencia, ó por lo menos reservamos nuestra admiracion para modelos que estén mas en armonía con nuestra propia naturaleza. Pero si queremos revivir nuestras impresiones por un estudio profundo de los hombres apostólicos, si queremos desterrar de nuestro espíritu las tristes preocupaciones de la tierra; bien pronto, contemplando á los santos bienhechores del género humano, nos sentiremos heridos de un reflejo de belleza divina que nuestros ojos no habian percibido, y exclamarémos como los licaonienses: "Unos dioses bajo la forma de hombres han descendido hácia nosotros."<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Actas de los apóstoles, cap. 14.

La omnipotente gracia de Dios ha podido solamente hacer brotar del seno de la mas espantosa corrupcion, y mostrar al mundo una santidad tan perfecta como la de que los apóstoles han suministrado al mundo el ejemplo. Nunca, y sobre todo entre burdos artesanos, la fuerza humana entregada á sus solos medios, pudo elevarse hasta ese alto punto de superioridad moral, tan difícil, que los mas grandes hombres han debido renunciar á imitarlos; porque era necesario antes vencerse á sí mismo, triunfar de su propia naturaleza por combates mas rudos y encarnizados que los que seria preciso sostener contra un enemigo formado en batalla. Pero despues de Jesucristo en nadie seguramente ha brillado la belleza con un resplandor mas divino que en los apóstoles. ¿Dónde ha podido ofrecerse al mundo un espectáculo de un desinterés mas generoso y heroico? Que se contemple la abnegacion de que dieron tantas pruebas. No se les ha prometido ni ellos han recogido mas que desprecios, ultrajes y sufrimientos; y con todo, sin vacilar, ellos corren delante de todos los peligros, de la muerte misma, para anunciar la salvacion de los hombres, que les son enteramente desconocidos. “Esponerse á perder la vida por su patria, dice M. de Chateaubriand, á la vista de todo un pueblo, en presencia de sus amigos, de sus parientes, es muy bello sin duda: con todo, en el hecho, es cambiar algunos dias de una vida perecedera por siglos de gloria; es ilustrar á su familia, elevarla á las riquezas y los honores: pero ir en medio de un pueblo extranjero, consumir su existencia en los trabajos y en las penas, morir de una muerte horrorosa, sin espectadores, sin aplausos, sin ventaja ninguna para los suyos, obscuro, despreciado, tratado de insensato, de violador de la ley, de impío tal vez, y todo esto por procurar la dicha de hombres estraños y desconocidos, es necesario confesar que es un sacrificio humanamente imposible.<sup>1</sup> Pero los apóstoles

1 *Genio del Cristianismo.*

estaban abrasados de una pasion nueva, de una pasion divina que se llama la caridad y no conocian obstáculos á su intento. “¿Quién nos separará de Jesucristo? decian ellos: ¿seria acaso la afliccion ó las angustias, el hambre ó la desnudez, los peligros, las persecuciones ó el hierro del verdugo? En medio de todos estos males nosotros permanecemos victoriosos por la virtud de Aquel que nos ha amado.”<sup>1</sup>

Este amor de Jesucristo se une en ellos tan íntimamente al amor de los hombres, que ellos escriben al mismo tiempo á sus fieles: “En el afecto que os profesamos, deseamos con ardor, no solamente comunicaros el Evangelio de Dios, sino aun daros nuestra propia vida.”<sup>2</sup> El ardiente deseo de la salvacion de los hombres que los inflama, se manifiesta en toda ocasion. Cuando Agrippa, apremiado por las razones de Pablo, le confesó que poco necesitaba para persuadirle á que se hiciese cristiano, el celo del apóstol dejó escapar al momento esta admirable respuesta: “¡Quiera Dios que no solamente se necesite poco, sino que no se necesite nada absolutamente para que vos y todos los que me escuchan, adivinaseis hoy, tales como yo soy, á reserva de mis ligaduras!” y mostró las cadenas de que estaban cargadas sus manos.<sup>3</sup> “Despues que diez y ocho siglos han pasado sobre estas páginas santas, dice el conde de Maistre, despues de cien lecturas de esta bella respuesta, yo creo leerla por la primera vez; tanto me parece noble, dulce, penetrante é ingeniosa. Yo no sabré explicaros hasta qué punto me ha conmovido.”<sup>4</sup> El gran corazon de San Pablo ha dejado, sin embargo, salir llamas mas vivas y de las que no hay alma tan fria que hoy mismo no deba sentirse abrasada. “¡Oh corintios! esclamaba, mi boca se abre, y el afecto que os tengo dilata mi corazon. Mis entrañas no están cerradas para vosotros, pero las

1 Epíst. á los romanos, cap. 8.

2 Epíst. 1<sup>a</sup> á los Thess., cap. 2.

3 Actas de los Apóstoles.

4 Tardes de San Petersburgo.